

REPRODUCCION

Tomo III, No. 52 - 31 Dic. de 1920

Director: ELIAS JIMENEZ ROJAS
San José de Costa Rica, Apartado No. 230

Los Estados pequeños

Los Estados pequeños, sobre los cuales pesa ahora una amenaza de absorción, han sido potentes y útiles factores—quizás los más potentes y útiles—en el progreso de la civilización. En ellos y por ellos se ha producido la mayor parte de lo que es más precioso en religión, en filosofía, en literatura, en ciencia y en arte.

Las primeras grandes ideas religiosas nacieron en un pueblo minúsculo que ocupaba un país menor que Dinamarca.

Se han desvanecido los cultos de la poderosa Babilonia y del populoso Egipto; pero queda la religión de Israel esparcida por el mundo, tanto en su forma primitiva como en la posterior.

Los griegos eran un pueblo pequeño, no unido en un gran Estado, sino desparramado por las costas y las colinas en pequeñas comunidades ciudadanas, cada una con su propia vida, no muy numerosas, pero vehementes, inquietas, intensas. Nos dieron la más rica, la

más variada, la más estimulante de todas la literaturas.

Ninguna teoría está más palpablemente refutada por la historia que la defendida por la escuela a la cual pertenece el general Bernhardt: que la «cultura»—literaria, científica y artística—florece mejor en los grandes Estados militares.

La decadencia del arte y la literatura en el mundo romano comenzó precisamente cuando el poder militar de Roma había hecho de ese mundo un Estado grande y ordenado. Mucho más próxima de la verdad estaría la teoría contraria, aunque debe admitirse que todavía no se ha demostrado la solidez de ninguna teoría relativa a las relaciones del arte y las letras con los Gobiernos y condiciones políticas.

El mundo es ya demasiado uniforme y cada día se está volviendo más uniforme aún. Unas pocas lenguas principales, formas de civilización y tipos de carácter irradian de siete u ocho grandes Estados y extinguen las lenguas, las formas y los tipos más débiles.

Aunque los grandes Estados son más fuertes y más populosos, sus habitantes no tienen necesariamente por eso más talento, y la extinción de las lenguas y tipos secundarios constituye una desgracia para el futuro desenvolvimiento del mundo.

Quizás no podamos detener las fuerzas que producen esa extinción, pero de ningún modo debiéramos vigorizarlas. Más bien debiéramos

mantener y defender los Estados más pequeños y favorecer la aparición y crecimiento de nuevos pueblos.

No sólo por haberse libertado de la tiranía de sultanes como Abdul Hamid celebró la Europa pensante la emancipación sucesiva de Grecia, Servia, Bulgaria y Montenegro, sino también en la esperanza de que de su actual aspereza surgiesen con el tiempo nuevos tipos de cultura, nuevos centros de vida intelectual creadora.

JAMES BRYCE

Autor de «The Holy Roman Empire»,
«The American Commonwealth», etc.



La unificación política

Conversación de uno de nuestros redactores
con don Elías Jiménez Rojas

—Vengo en representación de *La Verdad*.

—¡Bien venido!

—Nos extraña que usted — que desde hace tantos años dirigé alguna revista en el país— no haya dicho todavía nada acerca del proyecto de unión de Centro-América.

—¡Pero, señor, si me tiene fastidiado esa jergonza! ¿De qué género de unión se trata? ¿De unión moral? No pueden los políticos decretarla cuando no existe, ni pueden impedirla cuando existe. Hoy por hoy, los pensadores de Costa Rica están en mejor comunión con los de Buenos Aires o Nueva York que con los otros centroamericanos.

¿De unión material, efectuada por la facilidad de comunicaciones? La deseo no sólo con las naciones vecinas sino con las del mundo entero. Diré más: la deseo ante todo con los grandes centros de luz y de energía.

La facilitación de las comunicaciones materiales, debemos buscarla incesantemente. Ella acarrea como consecuencia forzosa un cúmulo de variadas ventajas, harto evidentes para detenerme a señalarlas.

¿Se trata de unión política? Ella es imposible o ilusoria sin previa unión moral y material. Pero aun admitiendo lo contrario, tengo la convicción de que tal unión sería una desgracia, UN RETROCESO. La tendencia a la organización de grandes Estados ha sido la principal causa de las guerras. Para asegurar la paz—y con la paz, el progreso—es preciso propender a la pequeña nacionalización, esto es, a la constitución de pequeños Estados, coherentes (por la posición geográfica, el género de trabajo y el grado de cultura), pero bien diferenciados los unos de los otros. Las leyes de la biología de las colectividades son siempre las mismas, ya se refieran a las células que constituyen un organismo, ya a los hombres de la sociedad de las naciones. Grecia, la Grecia sin igual, era un conjunto de comunidades con vida política propia. ¿Cuánto han hecho en el mundo las pequeñas naciones escandinavas, la pequeña Suiza, la pequeña Holanda? ¿Qué era Inglaterra en tiempo de Shakespeare, qué la Italia del Renacimiento, qué la Alemania de Kant y de Goethe, qué los Estados Unidos de Washington y Franklin?

La unión hace la fuerza, se dice a boca llena. Y yo agrego: sí, la fuerza bruta. La unificación

política aumenta la potencia militar a expensas del engrandecimiento moral.

Con cuerdas desiguales y separadas, en condición de vibrar libremente, se forma una arpa y, luégo, una armonía. Con cuerdas iguales reunidas en un haz, pero bien aisladas entre sí, se forma un cable que puede servir siquiera para transmisiones eléctricas. Con cuerdas que se funden íntimamente, se obtiene un cordón tanto más inútil cuanto más grueso.

—Perdone que lo interrumpa. Veo que usted es muy enemigo de la unión política de Centro América; pero ¿qué podría hacer Costa Rica si los Estados Unidos la obligaran franca o encubiertamente a aceptar un yugo común?

—¡Esperar! Ya llegará el día del desmenuzamiento del monstruo, por obra del mismo intenso progreso que se verifica en su seno.

Soy optimista consumado y entreveo con alegría el fin de todos los grandes Estados. Aun en la minúscula Costa Rica adivino ya la línea de separación de futuras naciones, muy vecinas, muy amigas, muy unidas por ferrocarriles, teléfonos, aeroplanos, periódicos, libros, etc., pero separadas políticamente según lo exija su diferenciación social.

(*La Verdad*, Dic. 7 de 1920.)

Recuerdo de la amable visita de un joven poeta, viva esperanza de Costa-Rica.

Entrevista

celebrada con el señor don Elías Jiménez Rojas,
sobre Unión Centroamericana

EL HOMBRE

Esta vida honorabilísima, aplicada a un doble sacerdocio, de la ciencia y de la salud, nos hace el efecto de una vela que arde en silencio ante el altar de Asklepios. Cuando entramos, agitados por el ruido de las avenidas circundantes, nos aterró el silencio en que vive, tan intenso, que oímos marchar nuestro corazón.

Salió a recibirnos, pálido y un tanto cenceño. La posición del meditante le ha subido los hombros y ha puesto en sus ojos una fleza esmeraldina y opaca. Cuando nos saludó, creímos estar ante uno de esos joyeros de Leipzig que gastan una vida en pulir una piedra. Cubría la ambarina desnudez de su cabeza con una gorrilla azul, pequeña como la de un gamín. Expuesto el motivo de nuestra visita, nos habló, con una voz dubitante y emotiva. A menudo, en el desarrollo de un ciclo, corta la exposición y sigue determinando con el índice la

intensidad de su razonamiento. Podría decirse de don Elías que es una profundidad tímida (1).

—Mi juicio al respecto es viejo,—nos dice. Esos ideales que concibe actualmente el unionismo distan mucho de ser el desiderátum. Yo estoy por la cohesión (ótro aspecto de la «selección», añadimos nosotros) que dêtermina la mejor inteligencia de los gobernados. Se observa una tendencia general a la disgregación de las grandes potencias. El criterio de la Sociedad de las Naciones parece alentar la creación de pequeñas independencias homogéneas y coordinadas que generan a su vez la estabilidad del vecino. Este es uno de los signos de la guerra europea. . .

Don Elías calla repentinamente mientras su manecita sigue enhebrando elocuencias curiosas en el vacío. Luégo añade:

—Se dice que la unión hace la fuerza; sí, es cierto, pero la fuerza bruta. Las civilizaciones han alcanzado su punto ideal cuando se han organizado como la Italia del Renacimiento, como la Grecia antigua, es decir, agrupadas para el comercio y por el arte, pero precedidas por sistemas gubernativos propios. Cuando en 1898, estando yo en Turín, se inició un movimiento separatista, yo me decía: ¡Ojalá cuaje!, porque meditaba sobre el desequilibrio de la

(1) No olvidar que quien habla con tanta indulgencia es un verdadero poeta: tras una timidez evidente, imaginar puede él una profundidad que no existe.

obra del gran Cavour.

Luégo, hundiéndose en sus contemplaciones, prosigue con la voz un tanto enronquecida, mientras nosotros, de intento, miramos al suelo:

—Es el fenómeno de la física. Con la diferencia de los elementos puestos a tónica, se construye la armonía. Cada cuerda del piano es desemejante a la próxima, pero semejante a sí misma, y con estas desemejantes absolutas, tiene usted la armonía del conjunto.

.....

Hay actualmente en el mundo una tendencia a la supresión de las llamadas «potencias». La lección recibida no puede ser más amarga. No quiere esto decir que por el comercio, las industrias y la agricultura, no se traben los mayores lazos de unión. Ojalá se comiera en Guatemala por la tarde lo que se recoge en la mañana en Costa Rica. Pero se confunde el fenómeno interno, el de la inteligencia, con el fenómeno material de la «unión», que deja desigualdades profundas de tendencias sin inspeccionar y sin subsanar. Personalmente, individualmente si usted quiere, estoy más unido con Ingenieros, por ejemplo, que con cualquiera de los escritores de Centro-América.

Vése claramente que su criterio es el del individualista, tan incomprendido en nuestro tiempo, que tiende a la modificación del sentido colectivista y exterior del humanismo, cuya crisis señala tan vigorosamente Ramiro de Maeztu en su «Crisis», comprendiéndola entre

os fenómenos del materialismo mundano. Sea como sea, nos parece que don Elías asienta la afirmación del fracaso potencial de las grandes naciones.

—No hay motivo—prosigue—para que la Italia del Sur viva a expensas de la Italia del Norte. El fenómeno externo ideal es el de la construcción del cuerpo, asociación de células y tejidos de naturaleza distinta, pero cuyas funciones benefician al organismo entero. . . .

—Es hermoso, de verdad, decimos nosotros. ¿Usted cree que se llegue a esa Jesidentidad armoniosa?

—Ciertamente. Por lo menos no soy el primero en pensarlo. Recuerdo que Ganivet soñaba establecer una separación en España, no como siempre la han pretendido quienes por esos arrumbaderos han pasado, sino tirando una divisoria de Este a Oeste de forma que afectara al mismo Portugal. . . . (2).

(2) Y aquí dirijo a las repúblicas nuestras vecinas estas palabras del mismo Ganivet, citadas de memoria: La causa de la separación (habla de España y Portugal) no está en pequeños accidentes, sino en algo más hondo y que no conviene ocultar: en cierta antipatía histórica, nacida acaso de la semejanza, del estrecho parecido de los caracteres. Lo sensato, pues, sería aplicarnos a destruir la mala inteligencia, a fundar la unidad intelectual y sentimental; y para conseguirlo hay que ENTERRAR PARA SIEMPRE EL MANOSEADO TEMA DE LA UNIDAD POLÍTICA Y ACEPTAR NOBLEMENTE, SIN RESERVAS NI MAQUIAVELISMOS NECIOS, LA SEPARACIÓN COMO UN HECHO IRREFORMABLE.—E. J. R.

Don Elías se detiene de nuevo, dulcificando su rostro y avivando repentinamente sus ojos, de esmeraldina fijeza. Nosotros adivinamos que el diálogo ha terminado, e inclinándonos para salir, lo abandonamos a su silencio, poblado de espíritus curativos, donde hay retortas y alambiques como en el «aquelarre» de Paracelso y Van Helmont.

Del *Diario de Costa Rica*,
8 de diciembre de 1920

Opinión del Lic. Pérez Zeledón

Deseábamos conocer la valiosa opinión del Licenciado don Pedro Pérez Zeledón, sobre el problema unionista del momento y él se prestó gustoso a dárnosla en la siguiente forma:

Me encontraba hasta cierto punto contento de ver que mi opinión no había sido solicitada; pero tenía en mi conciencia el imperativo deber de darla tan pronto como se me solicitara. Y vea usted cómo se me solicitó: Estaba un día de estos en mi casa de Curridabat, cuando oí una especie de tumulto o manifestación que andaba por las calles alborotando la tranquilidad de esos lugares. Traté de investigar y, como eran altas horas de la noche, no fué sino un pulpero el que me dijo que se trataba de una manifestación anti-unionista. Fuí a ver qué era la cosa y me encontré con un grupo de mani-

festantes que exponían sus ideas en contra de la Unión. Me invitaron a decirles algo y tuve que hacerlo en ese mismo momento.

Les dije que siendo centroamericano, era para mí muy doloroso decir a secas que era antiunionista, y que por lo tanto razonaría un poco mi opinión. Creo, continué, que este problema no está bien discutido todavía, siendo de una gravedad muy trascendental. Así podemos observar que todos los intentos, todos los conatos, todas las prácticas que se han hecho en este sentido, han sido de una duración muy efímera y de muy poca seriedad. Esto no puede obedecer sino a falta de discusión del problema desde los verdaderos puntos de vista en que se debe considerar.

Registrando un poco la historia podemos observar, que desde que se rompió la Federación en Centro-América, se ha trabajado activamente y en todo sentido por llegar a solucionar el gran problema, sin haber tenido más soluciones prácticas que la Dieta de la República Mayor, formada por El Salvador, Honduras y Nicaragua, y con la cual terminó Regalado con un solo tajo de su espada; y la Corte de Justicia Centroamericana, apoyada por Estados Unidos y mantenida por todos los Gobiernos de Centro-América, la cual, fuera de muchos banquetes y dispendiosos gastos, no hizo más que dictar dos sentencias que no valen el papel en que están escritas, pues nunca se cumplieron ni tienen valor alguno. Ellas son

la del Golfo de Fonseca y la del río San Juan.

Todas las demás conclusiones a que se ha llegado después de estos Congresos, que los ha habido con carácter serio, no han tenido mayor vida que un simple artículo de periódico.

Por todas estas razones, creo que el problema no ha sido contemplado convenientemente y se continúa hasta la vez la misma ruta.

Con los antecedentes históricos que tiene Costa Rica en relación con la Unión, se puede decir que hay motivos suficientes para que haya un partido separatista, pues la experiencia se compra muy cara.

Basta recordar que desde que se inició la Federación, lo primero que se hizo fué no entregar el mando al Presidente electo don José Cecilio del Valle; después mandar poner preso al Presidente del Estado de Guatemala y luego mantenerse en guerra llamada de todos contra todos. Costa Rica era la única que se mantenía en paz y alejada hasta cierto punto del resto de Centro-América, aunque formando un solo bloque. Pero las guerras eran tan continuas y los desórdenes tan inacabables, que tuvimos en más de una ocasión que reasumir la soberanía para no ser envueltos en tales disturbios. En estos asuntos andábamos cuando se declaró que cada uno tomara por su lado y volvimos a ser una República libre e independiente.

Para entrar en esa unión dábamos a la Federación las principales rentas de nuestro país,

como eran las de aduana, las del tabaco y otras, dejándonos para nosotros las rentas menores. Dolía un poco; pero el Gobierno Federal contrató un empréstito y participó a Costa Rica que le correspondían unos setecientos mil dólares, del millón y pico de libras de que constaba el tal empréstito. Aquí se repartió de previo esa suma para obras de progreso, y sucedió que hasta este momento estamos esperando esos dólares. Pero es más. Cuando terminó el Gobierno Federal, llegó inmediatamente un Ministro inglés a cobrar la suma que correspondía a Costa Rica y hubo que pagarle inmediatamente.

Y pregunte usted ahora a Centro-América entera si de ese gobierno quedó una teja en alguna parte, una obra cualquiera que la recuerde. Nada absolutamente.

Ahora está en Costa Rica presentado de nuevo el problema. Tenemos una experiencia muy clara y nos corresponde ser prudentes y esperar. Que se unan las otras cuatro repúblicas si así lo desean, y cuando a nosotros nos parezca, podemos pedir una unión que convenga al progreso y al sentimiento, que no se puede ir de otra manera a reatar los destinos de un país.

No creo que esto de ahora sea muy serio y menos aún que se haga la unión. No la hicimos cuando había patriotismo; menos ahora que lo hemos perdido por completo en Centro-América.

De «La Tribuna», 10 de diciembre de 1920.

Cartas Abiertas

San José, 4 de diciembre de 1920.

Señores don Vidal Quirós, don J. J. Vargas Calvo, don Luis Castro Saborío, don Virgilio Alvarado, don Ernest Rojas Ch. y don Ramón Cordero.

Aunque de edades desiguales y dedicados a distintas disciplinas, nacimos ambos y nos desarrollamos en el siglo XIX. A la base de la insignificante construcción pedagógica realizada por cada uno de nosotros está el intelectualismo. Hemos procurado mantenernos al tanto del movimiento de ideas de los tiempos, pero notamos que en los treinta años últimos nos hemos alejado cada vez más de la corriente oficial en Costa Rica. Analizadores de profesión, el uno en el campo de las letras y el otro en el de la química, no acertamos sin embargo a desenredar la madeja de la pedagogía aquí a la moda. Sabemos que el señor Secretario de Estado en el Despacho de Ins-

trucción Pública es el árbitro supremo en cuanto atañe a la enseñanza; pero no conocemos la doctrina a la cual ajusta sus resoluciones.

No comprendemos, v. g., qué importancia tiene en un colegio de adolescentes LA FORMA de la promesa de enmienda hecha sinceramente por un escolar; no comprendemos por qué aquello que a nuestro juicio es un DEBER (el de rendir las pruebas reglamentarias de fin de curso) es considerado por el señor Secretario como un derecho o gracia de que puede ser privado un alumno, en castigo de faltas que no autorizan para suponer insuficiencia; ni comprendemos cómo «influye la nota de conducta en la calificación de aprovechamiento» (1).

En suma, muy estimados señores, no podemos contestar de modo conducente la consulta que ustedes se han servido hacernos.

VAL. F. FERRAZ.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS
Redactor

(1) Precisamente porque considero que no es un derecho sino una obligación el probar la idoneidad a fin de curso, he sostenido siempre que debe eximirse de tal obligación al alumno que tiene demostrada su suficiencia, tanto como al que tiene demostrada su incapacidad, y he ansiado desde niño la inmensa fortuna pedagógica del descubrimiento de un modo de hacer tales demostraciones sin recurrir a nada que se parezca a los aleatorios exámenes en uso, durante el curso y a fin de curso.

E. J. R.

13 de noviembre de 1920.

Señor don.....

Limón

Siendo el estudio de la etimología una de mis chifladuras, respondo inmediatamente y con mucho gusto a su atenta carta leída hace un rato.

ATERRAR significa propiamente *causar terror* o *echar por tierra* o *cubrir con tierra*. Las acepciones de «llegar a tierra» y «arriarse a tierra» van cayendo en desuso, afortunadamente.

ATERRIZAR es un verbo que se encuentra ya en todos los buenos diccionarios y significa: *llegar al suelo*. Ahora bien, tan suelo es la costra sólida o tierra firme (*terra firma*) como la corteza acuosa (*terra mobilis*). SOLUM significa base o última capa. Así, Virgilio habla del suelo acuoso (*solum aquae*) y Ovidio del suelo celeste (*coeleste solum*) o firmamento. Si este firmamento o bóveda existiera de veras, un bólido que llegara a él, aterrizaría, ni más ni menos que el aeroplano que toca la superficie del mar.

TIERRA es ante todo el nombre de nuestro planeta; y son *terrestres* nuestras montañas, nuestros mares y nuestro aire.

Lo no muy bien concebido es el nombre de

asunto del día, dígoles a VÍA LIBRE, que aciertan sus Obreros de la página ya citada. Esa compaginación de pliegos sueltos en nada les habría de favorecer.... Creciendo el Capital, mayor sería el Trabajo, y más duros los trabajos del pobre. Su opinión adversa, siendo ellos tan modestos en cultura, coincide con la adversa opinión del gran don Ricardo de Cartago. ¡Tan cierto es que el sentido común—razón espontánea—concuerdan en ciertas verdades con el más culto pensamiento!

Pero el mismo señor ex-Presidente, pudiera, penetrando en la historia, si quisiera dejarse de los altibajos de su publicada «entrevista» (¿por qué no hablar en cristiano?), decir, en resolución, cómo las repúblicas más pequeñas del mundo han producido las mayores cosas. Mucho hacen, es cierto, las grandes naciones, después de formar su unidad política, descubren tierras, conquistan, civilizan; pero por fin y postre decaen y se derrumban, recordando su conocimiento histórico aquello de «Las torres que desprecio al aire fueron,—a su gran

pesadumbre se rindieron».

Repito, en suma, que la «evolución», hace más que la «revolución», así para Unión de Repúblicas, como para resolver la cuestión social.

Atentamente,—VAL. F. FERRAZ.

De Montesquieu

Las leyes son instituciones particulares y precisas del legislador, y las costumbres y maneras, instituciones de la nación en general. De aquí que cuando se quiere cambiar éstas, no es preciso que sea por medio de leyes; esto resultaría demasiado tiránico: más vale sustituirlas por otras costumbres y otras maneras.

Es una mala política la de cambiar por medio de leyes lo que debe ser cambiado por las maneras.

En general, los pueblos tienen mucho apego a sus costumbres; quitárselas con violencia, es hacerlos desgraciados: on

hay, pues, que cambiarlas a la fuerza sino tan sólo invitarlos a que las varíen ellos mismos.

Todo castigo que no se derive de la necesidad, es tiránico. La ley no es un puro acto de poder; las cosas indiferentes por su naturaleza, no caen bajo su acción.

*

El tributo natural, en un gobierno moderado, es el impuesto sobre las mercancías. Este impuesto realmente pagado por el comprador, dado que el mercader lo adelanta, es un préstamo que éste ha hecho ya al comprador; así es que hay que mirar al negociante ya como deudor general del Estado, ya como acreedor de todos los particulares. Adelanta al Estado el derecho que el comprador le pagará algún día; y ha pagado por el comprador el derecho que pagó por la mercancía.

Los derechos sobre las mercancías son los que los pueblos sienten menos porque no se les exigen directamente. Pueden ser tan juiciosamente dispuestos que el pueblo ignore casi que los paga.

Para ello es muy importante que sea aquel que vende la mercancía el que pague el derecho. Sabe muy bien que no paga por sí, y el comprador, que en el fondo lo paga, lo confunde con el precio.

*

La mayoría de los legisladores han sido hombres limitados que la casualidad ha colocado al frente de los demás, y que no han consultado casi más que sus ideas estrechas y su capricho.

Parece que han desconocido la grandeza y la dignidad misma de su obra: se han divertido en hacer instituciones pueriles con las cuales a la verdad, se han adecuado a los espíritus pequeños, pero desacreditadas entre la gente de buen sentido.

A menudo han abolido sin necesidad las leyes que han encontrado establecidas; es decir que han impulsado a los pueblos a los desórdenes inseparables de los cambios.

*

Es un placer la lectura cuando el alma se identifica con los objetos por los

cuales se interesa. Hay tal amor cuya pintura ha causado más placer a los que la han leído que a los que lo sintieron. Pocos jardines hay tan hermosos que hayan agradado más a los que se pasean por ellos, que la descripción de los jardines de Alcides.

El alma es una obrera eterna que trabaja sin cesar para ella misma.

Tratándose de la belleza femenina, hay pocos hombres que, cuando sus pasiones están tranquilas, no sientan más encanto con un hermoso retrato que a la vista de su original.

Miscelánea

Yo también, cuando joven, imbuído de las opiniones de algunos buenos liberales franceses de aquel tiempo, me inclinaba en favor de la co-educación. Yo también creía que era conveniente acercar los sexos desde los bancos de la escuela, en la edad del candor. No sabía entonces que el amor representa no menos de los 3/4 de nuestra actividad y

que no existe ninguna edad de perfecto candor; que chiquillos que todavía maman pueden ser iniciados en deleites semi-sexuales; que, fuéra del matrimonio, la única promiscuidad útil o inofensiva es la de un hogar bien equilibrado, entre hermanos *hijos de un mismo padre y de una misma madre*.

*

En algunos lugares ha sido señalado el marimachismo como uno de los efectos de la coeducación. En Costa Rica, al paso que vamos, el resultado va a ser el contrario: el *machimarismo*. Se citan ya casos de varones mariquitas (lo cual no significa que sean dulces): no consienten sino alabanzas; no arguyen, arañan y se lamentan. Y dos son los estribillos de su repetida canción: uno, el de «la trascendental labor que realizan, inspirados por desbordante amor a Dios, al niño y a la flor»; otro, el de «la envidia y el odio de que son inocentes víctimas benditas».

¿Amor en ellos y odio en los demás? Este fenómeno tiene su nombre en patología.

*

Lo normal es suponer en los otros lo que uno siente en sí. Si amo, lo normal es pensar que los demás aman también. Si odio, lo normal es creer que los demás odian a su vez. Lo contrario demuestra: o que uno está enfermo o que se engaña simplemente acerca de los propios sentimientos.

*

Decir lo que se tiene por verdadero, es una obra de amor. Y decir la verdad a quien se sabe que ha de enfadarse, es hacerle el honor de suponer que sabrá dominarse, ya que no convencerse.

*

Si quieres cumplir tu destino de hombre, no te engañes tú mismo; no aceptes ningún sofisma para ocultar a tus propios ojos la fealdad de tus acciones malas, atrévete a mirar cara a cara la horrible fecundidad de ellas; y cuando tus inclinaciones te arrastren un momento por la mala línea, confiesa valientemente que has preferido tu infamia. Pero no pierdas la sangre fría, porque «dominarse es como aprender a patinar.

Poco importa el número de veces que caigas: recomienza siempre hasta que sepas patinar».

Pensamiento de J. Payot.—E. J. R.

«Las sensaciones y los sentimientos son, a primera vista—dice Alfredo Fouillée—los que establecen más división entre los hombres; si no se *discute* sobre gustos y colores, es porque se les considera como personales, y no obstante, hay un medio de *socializarlos* en cierto modo, de hacerlos en gran parte idénticos de individuo a individuo: es el arte. Del fondo incoherente y discordante de las sensaciones y de los sentimientos individuales, el arte desliga un conjunto de sensaciones y de sentimientos que pueden resonar en todos a la vez o en una gran parte; que pueden, por tanto, dar lugar a una asociación de goces. Y el carácter de estos goces es que ya no se excluyen mutuamente, a la manera de los placeres egoístas, sino que, por el contrario, están en esencial *solidaridad*. Como la metafísica, como la moral,

el arte arrebató al individuo de su vida propia para hacerle vivir la vida universal, no ya solamente por la comunión de ideas y de esencias, por la comunión de voluntades y de acciones, sino por la comunión misma de sensaciones y de sentimientos. Toda estética es realmente, como parecían creerlo los antiguos, una música, en el sentido de que es una realización de armonías sensibles entre los individuos, un medio de hacer vibrar simpáticamente los corazones como vibran los instrumentos o las voces. Así, pues, todo arte es un medio de concordancia social y tal vez más profundo aún que los otros; pues *pensar* del mismo modo, es sin duda mucho, pero todavía no es bastante para hacernos *querer* de la misma manera; el gran secreto es hacernos *sentir* a todos de igual modo, y tal es el prodigio que realiza el arte».

«El arte—dice Taine—tiene esto de particular, que es a la vez *superior y popular*: manifiesta lo que hay de más elevado, y lo manifiesta a todos».